



Muhammad Ali

El más grande

Carles Serrat

(Barcelona, 1961) es periodista. Coguionista de los documentales de televisión 'Granados y Delgado. Un crimen legal' (1996) y 'Winnipeg. Palabras de un exilio' (1999)

CARLES SERRAT

El boxeo es un universo de leyenda, de éxtasis y tragedia, en el que nadie ha alcanzado la categoría mitológica de Muhammad Ali, considerado por muchos el mejor deportista de la historia. Fue un fenómeno social generador de enormes polémicas políticas y religiosas, un héroe del tercer mundo y, por supuesto, una de las imágenes más reconocibles del siglo pasado. Ali hizo temblar al menos dos veces los reaccionarios cimientos de la sociedad estadounidense de la década de 1960: al anunciar su conversión al islam y cuando se negó a alistarse en el ejército.

El 25 de febrero de 1964, Cassius Clay, de 22 años, se proclama contra todos los pronósticos campeón del mundo de los pesos pesados, al derrotar por KO al pétreo Sonny Liston. Al día siguiente, en conferencia de prensa, Clay declara que ya no es cristiano y que cree en Alá y en la paz, como miembro de la Nación del Islam. Poco después proclamó que cambiaba su *nombre de esclavo* por el de Muhammad Ali. La bienpensante Norteamérica blanca se horrorizó. Ali sufrió burla y desprecio; casi ningún medio de comunicación aceptó su nuevo nombre y seguían llamándole Clay. "Si me hubiera hecho llamar Smith o Jones nadie se hubiera quejado", dijo Ali algunos años después. Sin embargo, entre el creciente movimiento de liberación negro su popularidad se disparó. Muhammad Ali se había convertido ya en un referente de las convulsiones sociales y raciales de la década.

No a la guerra

Pero lo peor estaba por llegar. En febrero de 1966, Ali fue declarado apto para el ejército. En plena escalada de la guerra de Vietnam, el campeón, nervioso ante un periodista que lo atosigaba a preguntas sobre su reclutamiento, exclamó: "Man, I ain't got no quarrel with them Vietcong" (Tío, no tengo nada contra esos Vietcong). La frase resonó como una explosión en todo el país y el asunto

se desbocó. Sus enemigos se abalanzaron sobre él, acusándolo de cobarde y traidor, y él apelaba a su condición de musulmán y hombre de paz. La mayor parte de la prensa y de la opinión pública –todavía favorables a la guerra–, así como las instituciones del boxeo estadounidense no desaprovecharon la oportunidad de acabar con aquel *negro bocazas*. Los organizadores tenían muchos problemas para montar peleas de Ali en su país y las cuatro siguientes se celebraron en Canadá y Europa, mientras los recursos para evitar el reclutamiento seguían la vía legal y el boxeador, cada vez más orgulloso y seguro de sí mismo, se reafirmaba en sus convicciones religiosas contrarias a la guerra.

Ali estaba en la cumbre de su carrera: jamás había boxeado mejor. Era, como escribió la novelista Joyce Carol Oates, "un joven prodigioso cuya rapidez con manos y pies lo convertía práctica-

"Todavía no estoy muerto. Acabo de empezar. Mis combates, mi correr de acá para allá, fue sólo el principio. Ahora empiezo a vivir de verdad. La lucha contra la injusticia, el racismo, el crimen, la incultura, la pobreza..." (Ali, 1990)

mente en un blanco imposible para los golpes de sus adversarios. Qué dicha la del joven Ali: en la inimitable arrogancia de su peso pesado que bailoteaba en torno a sus desconcertados adversarios con los guantes a la altura de la cadera, invitándoles a golpear... a intentarlo".

El 28 de abril de 1967 Ali se negó definitivamente a enrolarse. Sólo una hora más tarde fue desposeído del título de campeón del mundo y se le prohibió boxear. Además se enfrentó a una acusación que podía suponerle cinco años de cárcel, pero Ali se mantuvo firme. No volvió al cuadrilátero hasta octubre de 1970, tras una inactividad de tres años y medio que coincidió, seguramente, con su plenitud deportiva. En marzo

de 1971 se enfrenta a Joe Frazier, el campeón vigente. Fue entonces cuando Norman Mailer observó: "Lo que nos hace polvo, en cuanto se refiere a Muhammad Ali, es el desacuerdo que existe en nuestro fuero interno. Ali es fascinante. La atracción y la repulsión se encuentran simultáneamente en un mismo ente. Por esto, también es obsesivo. Cuanto más queremos no pensar en él, más obligados nos sentimos a pensar en él".

Ali sufre ante Frazier la primera derrota de su carrera, pero no estaba acabado. Siguió peleando y proclamando que volvería a ser el mejor, y en enero de 1974 venció a Frazier en la revancha. Comenzó entonces la gestación del combate más legendario de la historia del boxeo: el que Ali disputó con el poderoso George Foreman por el título del mundo de los grandes pesos, en Kinshasa (Zaire, hoy República Democrática del Congo), el 30 de octubre de 1974. En

presencia del infame Mobutu Sese Seko y de 120.000 espectadores enloquecidos, al lúgubre grito de "Ali, bomaye" (Ali, mátalos), Foreman desencadenó una tormenta de golpes que Ali encajaba aparentemente sin sufrir. Foreman fue agotándose y, en el octavo asalto, ante la sorpresa y el delirio del público, Ali tumbó al campeón. Ya no se levantó. El asombroso triunfo quedó grabado en la memoria de millones de aficionados de todo el mundo. Ali se proclamaba campeón por segunda vez, era la gran venganza contra los que habían intentado hundirlo años atrás, su momento de máximo esplendor. La historia grandiosa de esta pelea se recoge en la película *Cuando fuimos reyes*, de Leon Gast, Os-

car al mejor documental en 1997. Ali aún tendría tiempo de volver a ganar a Frazier en Manila, de perder el título y de conquistarlo por tercera vez. Pero había llegado la recta final, la decadencia. Se retiró en 1981, demasiado tarde, ya enfermo.

En 1990 Ali le dijo a su biógrafo Thomas Hauser: "La gente dice que tuve una vida plena, pero todavía no estoy muerto. Acabo de empezar. Todos mis combates, todo mi correr de acá para allá, toda mi publicidad fue sólo el principio de mi vida. Ahora empiezo a vivir de verdad. La lucha contra la injusticia, la lucha contra el racismo, la lucha contra el crimen, contra la incultura, contra la pobreza, utilizando esta cara que el mundo conoce tan bien, y saliendo a luchar por la verdad".

GOAT

Su rostro es cada vez menos conocido entre las generaciones jóvenes y sus apariciones públicas en favor de la paz y la justicia son escasas debido al Parkinson. Pero el año pasado se editó el fenomenal libro *GOAT (Greatest Of All Times)*, dedicado a Ali. Las cifras: 34 kilos, 50 x 50 centímetros, 800 páginas, 3.000 fotografías, 3.000 euros. Lo publicó la prestigiosa editorial de libros de arte Taschen. ¿A cuántos mitos populares de la historia se podría dedicar una obra de estas características?

A pesar de que los practicantes del boxeo son muchos miles en todo el mundo, este deporte se ha convertido, a los ojos de la mayoría, en una actividad marginal o en un obscuro espectáculo de lujo y mentira. La distancia entre la gran aventura de Kinshasa o la épica de los Ali-Frazier, por ejemplo, y la banalidad de los combates de casino en Atlantic City es del todo insalvable. La comparación entre los campeones del mundo resulta grotesca: el último que alcanzó una cierta notoriedad fue un indeseable violador que arrancó la oreja de un rival a dentelladas para escupirla en la lona. Su apellido sirve hoy para que los skins bauticen a sus perrazos: "¡Tyson, ataca! ¡Tyson, muere!".

Ciertamente es muy difícil que aquellos que no vivieron la época puedan comprender la trascendencia social y mítica que tuvo el boxeo, o la magnitud que alcanzó una figura como Muhammad Ali durante dos décadas de aquel lejano siglo XX. |